



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004.

CATEGORÍA JUVENIL: Tercer Premio
Relato premiado: “Viaje a la Arcadia”
Autor / a: Ana Muñoz Gómez. Teruel.

VIAJE A LA ARCADIA

La cima estaba nevada , como en sus relatos. Durante incansables años había escrito haciéndose protagonista de sus historias. “Si no puedes conseguir algo, suéñalo”, le había dicho alguien. Claro que él se tumbaba cada noche en la cama, encima de las sábanas, sin retirar las arrugadas mantas, concentrado, y pensaba y pensaba sobre aquello con lo que quería soñar. Muchas veces el sudor tórrido le caía rápido por la frente, y cerraba tanto los ojos que hasta le hacían daño. Cualquier intento lo era en vano, pues soñaba cualquier cosa menos aquello en lo que ponía su incesante empeño.

Por eso no soñaba lo imposible. Lo que no podía conseguir, sino que lo planeaba, lo imaginaba y lo escribía. Así compartía con sus personajes su vida y sus emociones, el transcurso de lo irreal y lo fantasioso.

Alejado tal vez de la verdadera realidad, participaba en un mundo paralelo y ficticio en el que había penetrado.

La cima estaba nevada, como en sus relatos. Ya desde muy pequeño le habían interesado los seres mágicos y extraordinarios, como los mitológicos, también las brujas, el diablo, los gnomos, los dragones, los santos o los espíritus.

El escritor ya era viejo. Un día había decidido olvidarse de su edad, para así no tener que rendir cuentas ante el paso del tiempo, eante las canas, las arrugas y la falta de... la falta de todo.

Aquel día era viernes, y a pesar de que la primavera estaba cerca, se abrochó los botones del oscuro abrigo ante el acecho del agresivo viento.

Recogió un largo palo a modo de bastón y se dirigió hacia la sierra con pasos fatigados que delataban paradójicamente una curiosa ansiedad por arribar al Moncayo.

Era la primera vez que pisaba aquellas tierras, extraño teniendo en cuenta lo mucho que había escrito sobre ellas. Había elucubrado sobre aquella región y sus entrañas, había participado de algo artificial como lo era sus propia existencia.

A pesar de que nadie parecía acompañar su presencia, intentaba disimular el temblor de piernas, frágiles y enjutas, cuyas rodillas parecían librar una frenética batalla para juntarse.

Intentaba respirar profundamente y permitir al aire penetrar hasta sus pulmones y llenarlos, y llenarlos otra vez y una más, algo que se le hacía difícil conforme disminuía la distancia entre él y la montaña, conforme aumentaban los jadeos. Esperaba el momento en el que pudiese abrazar la montaña, por eso aceleraba sus pasos y los latidos de su corazón. Abrazarla como cuando había llegado, cuando la distancia era aún grande, y tan lejos veía el Moncayo que alargando sus brazos parecía envolverlo.

Pronto se haría de noche pero parecía no importarle. Podía aprovechar tanto el día como la noche, cuando el fulgor de la nieve en la cumbre alumbraba el resto de la montaña.

Además, bien sabía él que de la mano de la luna aparecían los seres que tanto había temido y al mismo tiempo admirado, o amado.

Tropezó de repente con algo rudo, como una piedra clavada con fuerza en la tierra. Cayó sin poder evitarlo y no reprimió un gemido de dolor. Un poco de sangre traspasaba la tela del pantalón a la altura de la rodilla izquierda. Buscó en su mochila pero no encontró botiquín alguno. Enfadado la lanzó hacia unos matorrales, pensando que si no lo ayudaba en aquella ocasión ya no lo haría. Posiblemente se hubiera arreglado si en el momento de partir hubiese metido dentro lo adecuado para aquel tipo de empresas.

La piedra no era una piedra, es decir, era una especie de cofre avejentado. “Un tesoro...”, pensó el escritor mientras esbozaba una admirada sonrisa.

Su imaginación nunca le había fallado, y menos aún cuando se disponía a vivenciar su propio relato, un capítulo de su vida, pero uno decisivo.

“Seguro que ha sido un gnomo, seguro que ha sido una señal”.

Hacía además las veces de narrador, y se imaginaba protagonista e iba construyendo frases como si fuese escribiendo un relato. Incluso si alguna palabra no terminaba de convencerle, la borraba y la sustituía en su mente por una mejor, más épica incluso.

Sin embargo, conocedor de los cuentos de fantasía como lo era, comenzó a dudar de si el cofre albergaba o no un tesoro. “Los tesoros se esconden en las cumbres de las montañas, o dentro de las cascadas, o en el fondo del mar, o... Los tesoros no están a la vista, no hacen la zancadilla a los pies de un viejo escritor, no se encuentran tan fácilmente”.

Decidió que, a pesar de sus cavilaciones, llevaría el cofre con él hasta el final de su aventura, aun ignorando si concluiría algún día. Para ello necesitaba su mochila, aquella que se había enredado entre la breña y que tan difícil era de rescatar.

Con cuidado levantó el cofre y, como en los relatos, sopló dejando que el polvo y la arena cayesen con decrepitud, lentamente hacia la tierra. A continuación quiso pasar una de sus ásperas y cortadas manos por aquella caja para terminar de retirar la suciedad.

Ayudado por el bastón, siguió caminando y más tarde casi escalando, esquivando los riesgos del ascenso y cerciorado cada vez más de que no conseguiría llegar a la cima, pues sus fuerzas no eran muchas, ni jóvenes, ni frescas. No recordaba bien el motivo por el cual había viajado hasta el Moncayo, por qué diablos, brujas o gnomos aquella comarca había decidido

cautivarle tan intensamente. ¿Cómo explicarlo? Desde hacía horas ascendía abatido y cansado, con ganas de reposar, pero levantaba su verde mirada hacia lo alto de la montaña y enseguida sentía la necesidad de llegar allí lo antes posible... La montaña lo había conquistado y, como había recordado, mucho antes de verla; ningún pensamiento, ninguna representación llegaba a imitar la majestuosidad del paisaje, mezcla de belleza y misterio.

Al anochecer pudo comprobar cómo la cúspide de la sierra iluminaba con su color blanco brillante el Moncayo y sus alrededores, cómo parecía guiar al escritor, que de pronto vio penalizado su inmenso esfuerzo. Sus piernas flanqueantes cedieron y se encontraron con la tierra, y él cayó bruscamente dejando caer y rodar el cofre. “¡No!”, gritó violando la quietud y el silencio, que de vez en cuando eran interrumpidos por el leve sonido del viento. De nuevo su rodilla se había teñido de rojo; dolido intentó incorporarse y, al conseguirlo, siguió el cofre hasta que éste dejó de rodar, unos metros más abajo. Aliviado se apresuró hacia él y pudo comprobar que con los golpes había quedado abierto. Entonces su espíritu de personaje protagonista quiso hacerse cargo de la situación de nuevo, y sonrió emocionado. “Qué profesional, la casualidad. Es seguro que así debía ser. Yo tenía que encontrar la caja y dudar de su valor, como buen intérprete tenía que llevarlo conmigo en el ascenso, tenía que derrumbarme como un héroe y el cofre tenía que rodar hasta quedar abierto. Ahora me corresponde acercarme parsimoniosamente, sintiendo la serenidad de cada segundo, agarrando la rodilla y trazando una mueca de dolor”. La sangre cada vez salía con más profusión pero el escritor sólo reparaba en el secreto contenido del cofre.

Alargó su cuello para comprobar el interior...

Un libro, ¡un libro!, ¿un libro? Un libro. “Pero...” Pero qué, ¿qué esperaba, acaso le había decepcionado?

Un poco, quizás, pero sólo un poco, sí... extraño, era escritor, ¿qué podía hacerle más ilusión? él no era un personaje como los demás, él era... singular, especial, diferente... No, no buscaba oro ni joyas... “No”, se repetía una y otra vez, aunque poco a poco unas tímidas lágrimas fueron abandonando sus ojos claros y cansados salpicando las tapas del libro, dejando entrever unas letras elegantemente bordadas como en cobre. Cada vez eran más y pronto comenzó a llorar desconsolado...

¿En qué había convertido su vida?, ¿cómo había podido llegar a confundir lo real con lo imaginario?, ¿por qué no veía más allá de sus historias ilusorias?, ¿qué hacía él allí?... Eran tantas las preguntas... quizás todo había comenzado con un lápiz mordido y un papel en blanco, con la intención de buscar una pregunta y encontrar una respuesta... o una montaña mágica o... o un tesoro.

Allí estaba el escritor, aquel que desconocía cómo había llegado hasta aquella región, que parecía haber perdido la memoria, aquel que se sentía dirigido por sí mismo como una marioneta, como un personaje de relato, a la merced de su “yo escritor”.

Miraba hacia el Moncayo buscando consuelo, y la montaña parecía cedérselo algo esquiva, sintiéndose como ofendida por haber rechazado el escritor el cofre.

Así, sentado, abrazando sus rodillas ensangrentadas como no había podido hacer con la cima, permaneció durante mucho tiempo.

El libro... ¿qué contenía? Nada con importancia... Seguramente algún cuento protagonizada por un escritor insatisfecho, un nadie sin historia, de esos que acaparan los relatos...